

1

Faltaban tres minutos para las seis de la tarde del 15 de marzo de 192—.

Francis Joseph McPhillip subió corriendo las escaleras de cemento hacia la puerta batiente de cristal que daba acceso a la pensión Dunboy. La Casa, como la llamaban en Dublín los delincuentes y gentes de mal vivir, era un edificio de cemento de cuatro pisos. Estaba en la acera izquierda de una ancha vía asfaltada y ventosa que se cruzaba con la calle B—, en la parte sur de la ciudad. El barrio era un laberinto de calles pobretonas, con ese hedor indescriptible que tienen los lugares atestados de gente, y el edificio en cuestión emanaba un olor a comida y a suelos fregados con jabón y agua caliente.

Una insistente llovizna caía del cielo cargado y sombrío, y de tanto en tanto, un súbito ventarrón traía calle abajo una ráfaga de granizo que se desperdigaba al caer sobre el duro asfalto empapado.

McPhillip subió corriendo los cuatro escalones y atisbó el vestíbulo por el cristal de la puerta. Pegó tanto la cara al vidrio que su agitado aliento formó una inmediata nube de vapor

6 LIAM O'FLAHERTY

en la superficie helada. Después, se volvió, y agazapado en el ángulo que formaba la puerta, asomó la cabeza tras la esquina del muro, oteando la calle por la que había venido. Quería saber si le seguía alguien. Era un asesino.

Había matado al secretario de la delegación local del Sindicato Agrario durante la huelga de granjeros que hubo en M— el pasado octubre. Llevaba desde entonces escondido en las montañas con un grupo de huidos de la justicia: bandideros, criminales y refugiados políticos. Hacía media hora que había llegado a Dublín en un tren de mercancías cuyo revisor era miembro de la Organización Revolucionaria, a la que McPhillip también pertenecía cuando mató de un tiro al secretario del Sindicato Agrario.

En la calle no vio a nadie digno de mención. A lo lejos, una anciana cruzaba la acera. Llevaba un manto negro en la cabeza y un jarro de leche en la mano, la embocadura tapada con la punta del chal para evitar que le entrara el agua de la lluvia. Junto al bordillo de la acera derecha, un hombre entonaba una cancioncilla quejumbrosa, con la gorra en la mano. Pedía limosna, pero nadie le hacía caso.

Nervioso, McPhillip paseaba la mirada de un lado a otro, con la velocidad y precisión de quien ha pulido sus mañas detectivescas por necesidad, tras años de experiencia. Al comprobar que la calle no ofrecía peligro alguno, suspiró y volvió a inspeccionar el interior de la Casa.

Era un hombre de mediana edad y constitución liviana, pero con unas espaldas dignas de un gigante. El cuerpo se le iba estrechando desde los hombros, con la cadera y cintura totalmente desproporcionadas respecto de la parte superior del cuerpo. Como era patizambo del lado derecho, al andar ponía antes la punta del pie que el talón, caminando con el sigilo agazapado de una fiera al acecho. El rostro enjuto y cetrino estaba enmarcado por el cabello

negro, que llevaba muy corto. Sus pobladas cejas también eran negras y tenía las pestañas tan largas que le cubrían los ojos como una cortina. Entrevistos tras las pestañas, sus ojos eran azules, fríos y despiadados. Pero cuando abría los párpados para pensar en algo lejano y tal vez imaginario, tenía unos ojos grandes, melancólicos y soñadores. En ese momento, su mirada era tierna e infinitamente triste. En cuanto a la mandíbula, la tenía cuadrada, fina y angulosa. Los labios eran finos, con un rictus severo que daba a la parte inferior de su rostro un aspecto temible. La nariz, larga y recta. Tenía las mejillas hundidas y los pómulos se le coloreaban cuando le daba una tos áspera y seca que intentaba contener.

Vestía unos pantalones viejos y arrugados de color azul marino y una andrajosa gabardina ocre, abotonada al cuello como un uniforme. Sus botas eran viejas y estaban tan gastadas que, al andar, crujían con la humedad que se colaba por las suelas. En la cabeza lucía una gorra de *tweed* gris. Bajo la axila izquierda, llevaba un revólver automático en una pistolera de cuero. El arma colgaba de un cabestrillo atado al cuello.

De pie bajo el umbral de la puerta, McPhillip tenía los dedos de la mano derecha encajados entre el primer y segundo botón de la gabardina, acariciando, con las yemas de los dedos, la fría culata de la pistola automática.

En el vestíbulo, tres ancianos esperaban en fila ante una oficina acristalada que había a la derecha. El más próximo a la puerta llevaba el uniforme marrón de un indigente; tenía cataratas en ambos ojos y parecía estar al borde del desmayo. Apoyado en un bastón, meneaba la cabeza como un hombre muy borracho a punto de quedarse dormido. El segundo llevaba un traje de vestir ajado y roto, y parecía un camarero desahuciado por viejo con su rostro flaco y puntia-

8 LIAM O'FLAHERTY

gudo. El anciano del fondo llevaba un popurrí de prendas indescriptibles y agitaba el cuerpo sin parar, intentando ras-carse por dentro de la ropa. Los tres hombres guardaban silencio. Tras ellos, otros cuatro escalones de hormigón daban a una larga galería que atravesaba el edificio. Al fondo de todo, un pasillo se cruzaba con la galería y grupos de hom-bres lo atravesaban de vez en cuando.

McPhillip estaba a punto de empujar la puerta para entrar cuando el panel de cristal de la oficina se alzó con un chi-rrido y un hombre asomó la cabeza por la ventanilla. Chas-queando el dedo índice y el pulgar, el hombre hizo un ges-to al anciano más próximo, el que iba cubierto de andrajos, pidiéndole que se acercara. El viejo dio un respingo y exclamó con una vocecilla infantil:

—¡Anda! Se me había olvidao.

Con un amago de sonrisa, farfullando algo, se metió las manos entre los andrajos. Mirándole furioso, el hombre de la ventana frunció los labios y desapareció.

Instantes después, salió andando por un costado de la oficina. Se acercó al viejo y se apostó ante él con las manos en las caderas y las piernas muy separadas. Llevaba unos pantalones azules impecables, perfectamente planchados. Como iba en mangas de camisa, los brillantes de sus gеме-los y la enorme piedra que llevaba en la corbata relucían en la penumbra. Se peinaba el pelo con un aceite perfumado que se lo dejaba pegado a la cabeza. El olor se notaba por todo el vestíbulo. El hombre miró al anciano con un gesto a medio camino entre el desprecio y la indignación. Los otros dos viejos soltaron una risilla zalamera y fingieron no cono-cer de nada al de los andrajos.

Por fin, el anciano encontró lo que buscaba, un pañuelo rojo hecho una pelota, pero estaba tan nervioso que no lograba deshacer el nudo que lo ataba.

—Tome —exclamó, dándole el pañuelo al oficinista—. Ahí van cinco peniques y cuatro medios peniques. Yo, con este reuma que tengo en los dedos, no sé quitarle el nudo. Pero, Dios mediante, usted lo va a hacer por mí, ¿verdá que sí?

Alzó la cabeza y miró boquiabierto al oficinista que, sin reparar en el pañuelo, miraba al anciano como si estuviera a punto de darle un manotazo. El viejo se echó a temblar.

—¡Largo de aquí! —gritó el oficinista con una voz atornadora.

Después, volvió a quedarse quieto. El viejo balbució algo y se estremeció. Dándoles la espalda, bajó lentamente los escalones hacia la puerta, contoneando los omóplatos para rascárselos con los andrajos que le cubrían la espalda. Bajó dos escalones, se detuvo con un gesto de incertidumbre y volvió la cabeza. Dando un respingo, bajó otro escalón, perdió el equilibrio y tropezó, deslizándose hacia la puerta sobre las nalgas. Al verlo, los otros dos ancianos soltaron una risilla burlona. El oficinista los miró indignado.

—¿De qué os reís? —gritó.

Los viejos se callaron inmediatamente.

—Oye, tú —dijo el oficinista, señalando con un dedo al viejo andrajoso, que había llegado a la calle y estaba de pie en la acera mirando hacia atrás sin saber qué hacer—. Como te vuelva a ver por aquí, viejo loco, llamo a la policía. Y ahora lárgate al asilo, que es donde tienes que estar. ¡Hala!

El rostro simiesco del viejo dibujó una mueca de sorpresa y pena. Sus ojos aterrados se encontraron con el rostro macilento de McPhillip, que le observaba tras la esquina del muro que había a la izquierda de la puerta. Farfullando, se marchó calle abajo, correteando a trompicones. En el vestíbulo, los otros dos viejos empezaron a cuchichear en cuanto el oficinista se dio la vuelta y volvió a su despacho.

10 LIAM O'FLAHERTY

—La madre que lo parió —dijo uno—. Es pa meterle un tiro.

—Eso digo yo —rezongó el otro viejo—. El tío guarro, andar por ahí con esas pintas.

Arrastrando los pies, se acercaron los dos a la ventanilla a pedir el vale para poder pasar la noche en la pensión. El oficinista soltó varios juramentos y les insultó, mientras ellos se disculpaban y reían por lo bajo.

Cuando los dos ancianos esperaban a que les dieran los vales, McPhillip abrió la puerta con cuidado y avanzó sigilosamente por el pasillo. Al llegar al fondo, dobló a la derecha y se detuvo. Apoyándose tranquilamente en la pared, sacó un cigarrillo del bolsillo y lo encendió. Después, paseó la mirada por la amplia galería de suelo de hormigón y paredes de ladrillo barnizado. A intervalos regulares, una serie de ventanas daban a un gran patio trasero. En los entrantes que formaban las ventanas había asientos, y ante la pared de enfrente una hilera de escupideras, separadas por tramos de unos tres metros. A lo largo de la galería se desperdigaban varios grupos de hombres, unos sentados hablando en voz baja, otros paseando solos o en parejas, mirando al suelo con las manos en la espalda, ocultas bajo las mangas del abrigo. Algunos eran bastante jóvenes, pero sus caras ya mostraban ese desánimo que suele verse en los rostros de los ancianos hartos de la vida.

Fumando su cigarrillo lentamente, McPhillip observaba la galería y los hombres que pasaban por ella con la misma mirada astuta y calculadora con la que había vigilado la calle. Una vez más, no vio a nadie digno de mención. Una vez más, soltó un breve suspiro y caminó hacia su derecha, entrando por una puerta batiente en una amplia sala.

La estancia estaba llena de gente. El mobiliario consistía en mesas alargadas y bancos de madera, como las cafeterías

de las clases trabajadoras. En algunas de las mesas había periódicos, en otras, tableros de damas y fichas de dominó, y en todas hombres sentados. Unos leían. Otros jugaban una partida. La mayoría, sin embargo, guardaba silencio, contemplando con ojos vidriosos lo miserable que era su vida. Los que no encontraban asiento se quedaban en pie ante las mesas, mirando jugar a los demás, con las manos en los bolsillos y un gesto hierático de ensimismada indiferencia.

McPhillip se paseó entre las mesas, con el cigarrillo en la mano izquierda y los dedos de la derecha encajados entre los dos botones superiores de la gabardina, ceñidos a la culata de la pistola automática. Nadie se fijaba en él. Los escasos ojos que se alzaban melancólicamente veían tan sólo otro desarrapado más. En el supuesto de que un potente altavoz hubiese desvelado repentinamente su identidad a los hombres de la sala, es probable que la noticia apenas hubiese causado revuelo alguno. Todos aquellos trabajadores a destajo, delincuentes a sueldo y ancianos derrengados eran tan ajenos a los dogmas de la vida civilizada, con sus códigos morales y su aborrecimiento del crimen, que el asesinato no lograba despertar en ellos el interés que evoca en los tiernos corazones de nuestras esposas y hermanas.

Tras examinar cuidadosamente la sala sin descubrir lo que buscaba, McPhillip salió de nuevo a la galería. Entró en otra habitación, que los inquilinos de la pensión usaban para escribir su correspondencia. Esa estancia estaba vacía. Entonces bajó las escaleras hacia los aseos y servicios, donde vio a hombres afeitándose y lavándose. Tras darse otro paseo, tampoco allí descubrió a quien buscaba. Subió a la galería y entró en el comedor.

El comedor era muy grande y estaba amueblado con pequeñas mesas de madera de pino y largos bancos del mismo material. El suelo de madera estaba cubierto de serrín,

12 LIAM O'FLAHERTY

como el suelo de un asilo público. De cuando en cuando, el serrín se mezclaba con los restos de comida que caía de las mesas. Al fondo de la sala, un tupido grupo de hombres se apiñaba ante un enorme fogón, unos con sartenes en la mano, aguardando su turno para cocinar, otros vigilando nerviosos los aperos de cocina que tenían al fuego. Todos llevaban en la mano algún cuchillo, cuchara o tenedor; se daban codazos, sudaban, decían palabrotas, soltaban carcajadas y se rascaban. Había un griterío tremendo y olía a comida y a humanidad.

En el otro extremo de la sala se hallaba un mostrador tras el que se alzaba una enorme cocina bien iluminada, donde destacaban las lustrosas piezas de loza blanca, los relucientes peroles de latón y los pulcros uniformes de las mujeres que trabajaban en ella. Eran tres las jóvenes que cocinaban y servían comida a los huéspedes sin medios ni voluntad para preparársela ellos mismos. En pie ante el mostrador, los individuos en cuestión compraban té, pan, mantequilla, huevos fritos y carne. También compraban cuchillos, tenedores, cucharas y sal, artículos que no proporcionaba la pensión, dada la moralidad de los huéspedes, salvo previo pago de una fianza que se recuperaba al finalizar la comida, cuando los artículos se devolvían en el mostrador.

McPhillip caminó hacia el fondo de la sala. Nada más entrar, había visto al hombre que buscaba. Se encaminó directamente hacia una mesa que había junto a la pared. En esa mesa, un hombre de unos treinta años cenaba tranquilamente.

Comía de un plato esmaltado lleno de patatas, grandes trozos de repollo y una buena tajada de tocino asado. Del plato salía una rizada nube de vapor que ascendía hacia el techo frente al rostro del comensal, vestido con un peto azul y una bufanda blanca ensortijada en torno al cuello. El

rubio pelo rapado apenas le cubría una cabeza en forma de bala, pero tenía unas cejas oscuras que le coronaban los ojos como penachos. Eran unas cejas pobladas, que se estrechaban hasta acabar en un solo pelo, como la punta de un bigote. Parecían dos hocicos siniestros, más expresivos que los ojillos azules ocultos bajo su hosca sombra. El arrebolado rostro moreno estaba cubierto de unos bultos que, de lejos, parecían jorobas. Estas jorobas le abultaban la frente, los pómulos, la barbilla y el cuello bajo las orejas. De cerca, sin embargo, se perdían en el lustre granate de la piel, que parecía hecha de varias capas tersas dispuestas sobre el rostro. La nariz era corta y bulbosa. La boca, grande. Los labios, gruesos y encajados de tal modo que daban al semblante un aspecto siempre soñoliento. El hombre tenía un cuerpo inmenso, con enormes brazos y piernas y unos abultados músculos que sobresalían aquí y allá, como esas prominencias que quiebran la esperada regularidad de un paisaje. Sentado en su silla con la espalda bien erguida, parecía tener el cabezón atornillado a su rechoncho cuello, como un puntal de hierro clavado en la cubierta de un barco.

Comía mirando al frente, con el tenedor tieso en el puño izquierdo. Al masticar, daba golpecitos en la mesa con la base del tenedor, como siguiendo el ritmo de sus veloces mandíbulas. Pero en cuanto vio a McPhillip, las mandíbulas dejaron de masticar y el tenedor cayó silenciosamente sobre la mesa. La boca se cerró y el cuerpo se quedó completamente inmóvil.

McPhillip se sentó al otro lado de la mesa. No habló, ni hizo señal alguna de haber reconocido al hombre. Sin embargo, lo conocía muy bien. Eran amigos del alma. El hombre era Gypo Nolan, compañero de McPhillip durante la huelga de granjeros en la que McPhillip había matado al secretario del Sindicato Agrario. Gypo Nolan había sido

14 LIAM O'FLAHERTY

policía en Dublín, pero le habían expulsado del cuerpo al sospechar que estaba conchabado con la Organización Revolucionaria, a la que, supuestamente, había dado un soplo con cierta información confidencial. Desde entonces, había sido un miembro activo de la Organización Revolucionaria, actuando siempre junto a Francis Joseph McPhillip, de tal modo que en los círculos revolucionarios los llamaban los «Gemelos del Diablo».

—Bueno, Gypo —dijo McPhillip, hablando por fin—. ¿Qué te cuentas?

McPhillip tenía la voz cascada, pero su formidable nitidez le daba una fuerza enorme, como la de un pajarillo cuando le atacan el nido.

—¿Has llevao los recaos que te di? —siguió tras hacer una pausa para respirar ruidosamente—. No tengo noticias de mi casa desde la última noche que te vi, cuando tuve que echarme al monte. ¿En qué andas, Gypo?

El aludido le miró durante un buen rato, sin hablar, respirando despacio, con la boca abierta y los ojos serenos. Entonces hizo un ruido extraño, como un gemido contenido en la garganta. Con mucha parsimonia, cortó una patata grande en cuatro trozos, llevándose uno de ellos a la boca ensartado en el cuchillo. Empezó a masticar despacio, dejó de masticar y habló con una voz profunda y cavernosa.

—¿De dónde demonios sales tú, Frankie? —dijo.

—¡Y eso qué más da! —exclamó McPhillip indignado—. No tengo tiempo pa andar hablando del tiempo. Vengo pa ponerme al día. Cuéntame todo lo que sabes. Primero, dime... Espera. ¿Qué ha pasao con los recaos? ¿Los llevaste? Deja en paz la comida, ya de una vez. Hombre de Dios, que pareces un animal. Yo, con la policía queriendo matarme y tú, comiendo tan pancho. Suelta ese maldito cuchillo

de una vez o te meto un tiro. ¡Eh!, me juego la vida al venir aquí a hablar contigo. Así que ya estás largando.

Gypo suspiró y se limpió los labios con el interior de la manga derecha. Soltando el cuchillo encima de la mesa, se tragó la comida que tenía en la boca.

—Siempre has tenido malas pulgas —dijo con voz ronca—. Y no parece que la primavera te sirva pa mucho. Si te esperas un poco te lo cuento todo. Ya he dao tus recaos a tu padre, a tu madre y al Comité Ejecutivo. Tu padre me trató como un perro y me puso de patitas en la calle, aparte de ponerte a ti de vuelta y media. Tu madre salió detrás mío llorando y me dio media libra pa que te la diera. Como no sabía cómo encontrarte y tenía hambre, me la he gastao. Así que...

McPhillip le interrumpió con una blasfemia a media voz, seguida de un ataque de tos. Cuando se le pasó, Gypo siguió hablando.

—Pues eso —dijo Gypo—. Lo del Comité Ejecutivo ya lo sabes tú. Te mandaron un menda pa que te lo contara. Tampoco estaría de más que mandaran una carta a los periódicos diciendo que no han tenido nada que ver con la huelga, eso sí. Aunque sea un cuento, ¿qué más da? Pero te juro por Dios que a mí casi me apiolan cuando fui a llevar el informe. El comandante Gallagher iba a dar la orden de apiolarte a ti también, pero los otros tíos fueron a por él y no se atrevió. El caso es que a mí me echaron de la Organización, igual que a ti, aunque sabes de sobra, Frankie, que yo no fui el que disparó esa pistola. Y...

—Qué demonios —dijo McPhillip furioso, dando un golpe en la mesa; pero le volvió a dar un ataque de tos.

Gypo siguió hablando, como si no le oyera toser.

—La policía me detuvo, pero no tenían pruebas, así que me dieron una tunda de cuidao y me echaron a la calle.

16 LIAM O'FLAHERTY

¡Desde entonces ando de aquí para allá, más tieso que la mojama y muerto de hambre!

—¿Y a mí qué me importa el Comité Ejecutivo? —ladró McPhillip cuando logró recuperar el resuello—. Me traen sin cuidado los comités ejecutivos y las organizaciones revolucionarias. Que les zurzan. Lo que yo quiero saber es lo de mi padre y mi madre. ¿Cómo están, Gypo?

El otro curvó hacia abajo su grueso labio inferior y miró a McPhillip con unos ojos vacuos que parecían ocultar una expresión de profunda tristeza, aunque resultaba difícil saberlo. Las facciones eran tan toscas que tornaban la tristeza de un rostro corriente en mero asombro. Por otra parte, acababa de reparar en la palidez de McPhillip, el agitado rubor de su rostro, los ataques de tos, los respingos que daba y el terror evidente de sus ojos, siempre indomables.

—Frankie —exclamó Gypo con su voz gutural, lenta y monocorde—. Tú estás enfermo. Hombre de Dios, si parece que te estás muriendo.

McPhillip se estremeció y miró nervioso a su alrededor, como si la muerte le acechara, a punto de saltar sobre él.

—Come algo —le ofreció Gypo—. Pa entrar en calor.

Nada más decirlo, él mismo atacó su plato otra vez, con un hambre voraz, como una enorme fiera acometiendo la única comida del día; con unos dedos que, como muñones saliendo de sus manos enrojecidas, aprisionaban el cuchillo y el tenedor cual frágiles instrumentos al borde de la destrucción, como un objeto valioso arrebatado por la trompa de un elefante. Pero McPhillip no aceptó su invitación. Con el ceño fruncido, miró furioso el plato de comida durante varios segundos, como intentando recordar para qué servía, y, entonces, volvió a hablar.

—Ya sé que me estoy muriendo, Gypo. Por eso he venido. Tengo tisis.

El otro dio un bote, aterrado ante la siniestra monstruosidad que se le acababa de ocurrir.

—Vengo pa que mi madre me dé algo de dinero —siguió McPhillip—. Y pa verla antes de morir. Madre mía, ha sido tremendo, Gypo. Me he pasao el invierno entero solo en el monte, con la pistola en la mano a todas horas, durmiendo en cuevas, con el viento toda la noche aullando como una manada de demonios. Y yo convencido de que el viento me hablaba, oyendo voces por todos los sitios. Madre mía...

Le volvió a dar la tos y tuvo que parar. Pero Gypo no le estaba escuchando. No había oído ni una sola palabra. Se le había metido en la cabeza una idea monstruosa, como un animal salvaje que sale de la selva y entra en un lugar civilizado donde solo hay niños. Por eso no había oído hablar ni toser a McPhillip, aunque la idea estaba relacionada con él.

—Y un día me dije que pa estar en el monte muerto de hambre y de frío y con esta tos, más me valía jugármela viniendo a la ciudad. Por eso vengo a verte a ti primero, Gyp, pa que me pongas al día cuanto antes. ¿Este sitio lo tienen vigilao?

—Qué vigilao ni qué ocho cuartos —exclamó Gypo.

Dando un respingo, acercó la mano derecha a McPhillip y soltó un gruñido ahogado. Con la mirada perdida y la boca abierta de par en par, parecía haber visto un fantasma. Su mente estaba poseída por un ogro siniestro que se le había metido en la cabeza.

Desde el otro lado de la mesa, McPhillip se inclinó hacia él. Entornando lentamente los ojos, miró a Gypo con una dureza feroz. Después curvó los labios, frunció el ceño y se echó a temblar.

—¿Qué pasa, Gypo? —preguntó con voz silbante—. Dímelo, Gyp, o te... —amenazó, agarrando la pistola con un rápido giro de muñeca—. Me busca la policía y me estoy

18 LIAM O'FLAHERTY

muriendo, Gyp, conque me trae sin cuidao dónde meto las veinticuatro balas que me quedan. Les he abierto la punta, para que hagan más daño. Y me he guardao una bala pa mí también.

Al decirlo, se estremeció como si la idea le diese placer. Con una mueca feroz, mostró la culata de la pistola que llevaba bajo el brazo. Luego habló con una voz casi inaudible.

—Dime la verdad de una maldita vez. Y no me cuentes más patrañas, que te meto un tiro.

Miró a Gypo furioso, con la mano en la pistola y el brazo derecho tieso hasta el hombro, listo para sacar la pistola y disparar en un solo movimiento. Mirándole con sus ojos adustos, sin parecer asustado ni sorprendido, Gypo se sacó una hebra de carne de entre dos dientes. Luego restalló los labios y se encogió de hombros. El fantasma se le había marchado de la cabeza, dejándole totalmente perplejo.

—No me digas esas cosas tan feas, Frankie —murmuró con cierta pereza—. Si no te he dicho nada, es porque no quería...

El espectro le volvió a la cabeza, haciéndole callar bruscamente. Pero siguió hablando, con voz forzada. Se estaba avergonzando del fantasma, como si no creyera las atrocidades que le insinuaba, aunque no las acababa de entender del todo.

—No quiero ponerte en un apuro. Mira, la casa de tu padre no sé si la vigilan o no. Yo suelo andar por la calle Titt, pero no he pasao por el número 44 desde la noche que fui a darle tu recaó y el viejo me dijo que no volviera a asomar el hocico por allí. Puede que la vigilen y puede que no. Pero si te digo que no y vas y te apiolan, pues...

—¿Qué me estás contando, Gyp? —ladró McPhillip con recelo.

—Nada de nada —dijo el otro, soltando una ronca carcajada—. Como te has plantao aquí de buenas a primeras,

ya no sé ni lo que digo. Mira, llevo seis meses dando vueltas como un perro, sin que a nadie le importe un comino, que la podía haber espichao en mitad de la calle O'Connell, con medio metro de nieve encima, y a nadie...

—Anda, cállate. Menos hablar de ti, menos nieve, y dime lo mío.

—Oye, no te pongas mosca, Frankie. Si te lo iba a contar. Justo estaba llegando al asunto, hombre. El otro día me pararon por la calle y me tuvieron un buen rato hablando de ti. Pues claro que te andan buscando. Eran el sargento McCartney y otro tiparraco de Sligo. Ese sargento de la policía, McCartney, es un pájaro de cuidado. Es un bribón, eso está más claro que el agua. Me juró que te iba a cazar, vivo o muerto. «Pues tiene trabajo pa rato», le dije. Y me miró de una forma que, si las miradas mataran, estaría muerto.

—Así que dice que me va a cazar, ¿eh? —murmuró McPhillip con aire ensimismado.

De pronto, su mente pareció distraerse y perdió interés por su entorno inmediato. Pensativo, fijó la vista en un punto de la mesa, a medio metro de donde estaba sentado.

Gypo miró rápidamente hacia el lugar donde había posado los ojos McPhillip, pero no vio nada. Alzando la cabeza, le atisbó el rostro y frunció el ceño. Después se aclaró la garganta y empezó a comer de nuevo con enorme celeridad. Antes de meterse la comida entre las fauces, soplaba para enfriarla. Todo ello lo hacía ruidosamente.

McPhillip se quedó mirando la mesa un buen rato, toqueteando la culata de su pistola con la mano derecha, tamborileando en la mesa con los dedos de la izquierda. Entonces los ojos le brillaron con un extraño fulgor y, de pronto, soltó una carcajada: una risa tan extraña que Gypo se estremeció al oírla.

20 LIAM O'FLAHERTY

—¿Qué te pasa, Frankie? —preguntó con voz aterrada.

—Nada de nada —dijo McPhillip, sacudiendo la cabeza como para despejarse—. Dame algo de eso.

Empezó a comer vorazmente, usando la navaja a modo de tenedor y cuchillo. Llevaba mucho tiempo sin probar bocado y no se paraba a saborear la comida, tragándosela a gran velocidad.

Gypo también comía, pero mirando a McPhillip fijamente. Cada vez que sus ojillos inquietos se cruzaban con los de McPhillip, entornaba los párpados y le observaba. Después se pasaba la lengua por el interior del carrillo y hacía un ruido como si sorbiese aire.

Por fin, McPhillip dejó de comer; limpió la navaja en los pantalones y se la guardó en el bolsillo.

—Gypo —dijo, hablando despacio—. ¿Hay polis vigilando nuestra casa, la casa de mi viejo en la calle Titt?

El otro respondió con tres sacudidas de cabeza. Tenía la boca llena. Cuando se tragó la comida, se llevó el tenedor a la sien en actitud pensativa.

—A ver —dijo finalmente—. Pues sí. Hasta que pasó la Navidad, tenían dos polis ahí plantaos. Luego los quitaron. Y no los han vuelto a poner, que yo sepa. Pero creo que, cada poco, va un menda a hacerles preguntas. En estos tiempos que corren, ni Dios sabe quién es un soplón del gobierno y quién no. Si ya no sabes ni con quién estás hablando. En mi vida he visto nada igual. ¿Sabes qué te digo, Frankie? Que no merece la pena luchar por la clase trabajadora. Se piensan que te has largao a Estados Unidos, pero es peligroso que vayas ahora. Siento no tener dinero que darte, pa que puedas...

—¿Desde cuándo hablas tú como un loro? —exclamó McPhillip de repente, mirando a Gypo con suspicacia—. Antes no largabas tanto ni en un día entero... Qué digo, ni

en toda una semana. ¿Ahora vas a la universidad en tus ratos libres o qué demonios te pasa?

McPhillip empezó a tamborilear con los dedos en la mesa otra vez. Se hizo el silencio. Como el que no quiere la cosa, Gypo recogía con el cuchillo los restos de comida que quedaban en el plato y se los metía en la boca. Tras dejarlo completamente limpio, soltó el tenedor y el cuchillo encima del plato. Llenándose de aire el pecho descomunal, se restregó las palmas de las manos por la camisa.

De pronto, McPhillip maldijo y se puso en pie. Como si estuviera sonámbulo, se quedó contemplando la mesa durante varios minutos. Cuando Gypo alzó los ojos para mirarle, las tupidas cejas le temblaban nerviosamente. Entre tanto, se limpiaba los dientes con la uña del pulgar izquierdo. Al cabo de un rato, McPhillip aspiró a través de los dientes, haciendo un ruido como si chupase hielo.

—Bueno —dijo, sin apartar la vista de la mesa—. Entonces, mi viejo está en casa ahora, ¿verdad?

—Sí —contestó Gypo—. Le vi ayer. Había ido al pantano por algo de un trabajo, pero volvía esta semana. Según tengo entendido, trabaja en una obra, en una casa que están haciendo en Rathmines.

—Bueno —repitió McPhillip.

Alzó los ojos y dirigió una mirada furibunda a Gypo, dedicándole una extraña sonrisa.

—Hasta otra, Gypo —se despidió—. A no ser que me pesque la poli.

Mientras hablaba, pareció acordarse de algo. Estremeciéndose, mudó el semblante, y después se encogió de hombros y soltó una carcajada. Asintiendo dos veces, giró sobre sus talones y salió precipitadamente del comedor.

Sin moverse de su sitio, Gypo pasó un buen rato mirando hacia el mismo lugar. Había acabado de limpiarse los

22 LIAM O'FLAHERTY

dientes, pero no apartaba la vista de la puerta por la que había desaparecido McPhillip. Entonces, poco a poco, la mente se le fue llenando de ideas. Frunciendo el ceño, cambió varias veces de postura. Finalmente, se levantó de un salto, recogiendo de la mesa el plato, el tenedor, el cuchillo y la sal. Una vez en la galería, guardó los utensilios en la taquilla que la pensión proporcionaba a los inquilinos. La taquilla en cuestión no pertenecía a Gypo, que no era un inquilino sino un huésped temporal sin ingresos fijos para pagarse una cama todas las semanas; la taquilla era de un chamarilero al que conocía y al que había visto guardar en ella la vajilla para el día siguiente y marcharse sin cerrarla con llave. Además, sabía que el hombre no volvía hasta las diez de la noche. Por eso se la había quitado.

La volvió a dejar en la taquilla y se alejó andando despreocupadamente. Sentándose en la punta de uno de los bancos que había bajo las ventanas, se rebuscó en los bolsillos del peto y sacó varias colillas de cigarrillo. Deshaciéndolas cuidadosamente, reunió el tabaco en la palma de la mano derecha, y después pidió un papel de fumar a un anciano que estaba sentado a su lado. El anciano no tenía papel y se lo dijo de malos modos, soltando una palabrota. Frunciendo el ceño, Gypo olisqueó el aire como si el hombre mayor oliese mal. Luego se volvió hacia un joven que pasaba por allí y le pidió un papel de fumar; el joven se detuvo, rezongando, y le dio el papelillo; Gypo lo recibió en silencio, sin decir una palabra o asentir a modo de agradecimiento. Lió el cigarrillo y fue a encenderlo en la luz de gas; se sentó de nuevo, cruzó las piernas, relajó el cuerpo y se puso a fumar.

Arrellanado cómodamente sobre el asiento, en la penumbra de la galería, sus orejas de soplillo despuntaban más que nunca.

Por unos instantes, el olor y el sabor del tabaco le resultaron muy placenteros. Olvidó que no tenía donde dormir y dejó de pensar en su encuentro con McPhillip. Después, poco a poco, la frente se le llenó de arrugas y le empezaron a temblar los penachos que tenía por cejas. Al llevarse el cigarrillo a la boca, el rostro sombrío se le iluminaba, mostrando los tersos y lustrosos bultos que lo cubrían. Cada vez más nervioso, empezó a cambiar de postura en el asiento. Descruzó las piernas. Las volvió a cruzar. Con la mano derecha, se dio golpecitos en la rodilla. Suspiró. El cigarrillo ardió hasta quemarle los labios, antes de que se diera cuenta. Resoplando para sacárselo de la boca, se levantó para sacudirse las ascuas del pecho.

Con las manos hundidas en los bolsillos, se quedó mirando al suelo. Parecía estar pensando en algo muy serio, pero no era así. Al menos, no tenía ninguna idea concreta en la mente. Dos nociones le daban vueltas por el cerebro, produciendo ese zumbido primario que da comienzo al pensamiento, el mismo que se experimenta cuando el cerebro exhausto ha consumido hasta el último ápice de energía. Tenía dos cosas bien presentes. En primer lugar, el hecho de haberse visto con McPhillip. En segundo lugar, el hecho de que no sabía dónde dormir esa noche.

Ambas cosas se mezclaban, formando una masa amorfa. Pero no tenía valor para encararlas, yuxtaponerlas y averiguar qué relación tenían entre sí. Así que se quedó mirando al suelo.

Entonces, un hombre medio borracho llamado Shanahan, empleado de un corredor de apuestas, le dio un empujón. Apartándose de él, Gypo farfulló una grosería y sacó una mano del bolsillo para golpearle, curvando los dedos como la garra de un pájaro. Shanahan, con el torso inclinado hacia delante en su estupor etílico, le miró con los ojos azu-

24 LIAM O'FLAHERTY

les inyectados en sangre. Gypo se apartó, encogiéndose de hombros. En otro momento, habría aprovechado de buena gana la oportunidad de sacarle un chelín a Shanahan, que siempre aflojaba cuando estaba borracho. Un chelín le daba a Gypo para pagarse una cama y desayunar algo por la mañana. Hacía diez minutos, semejante encuentro le habría parecido un regalo del Señor. Pero teniendo en el cerebro esos dos hechos malditos, todo lo demás le resultaba ajeno.

Encaminándose hacia la puerta, salió de la Casa en dirección a la calle B—.

Iba despacio, con las manos metidas en los bolsillos y los muslos rozándole el interior de las perneras al andar. Parecía ir arrastrando sus enormes botas, como si quisiera res-tregarlas por el suelo todo lo posible. Al mover los pies, subía y bajaba las caderas. Caminaba mirando al suelo, con los labios curvados hacia fuera. En la coronilla se había encasquetado un pequeño sombrero de fieltro marrón, demasiado pequeño para su inmenso cráneo cuadrado, con el ala entera vuelta hacia arriba. Cuando una hiriente ráfaga de granizo le golpeó el rostro y el cuerpo, las prendas se le hincharon y arrugó la rechoncha nariz con un gesto enfu-recido.

Estaba mirando el escaparate de una guarnicionería de la calle Dame cuando descubrió la relación entre ambos hechos. Sin apartar los ojos de un par de espuelas relu-cientes, el rostro se le tensó y los ojos se le llenaron de espanto. Cual ladrón primerizo, lanzó una suspicaz mira-da a su alrededor. Después echó a correr apresuradamen-te, serpenteando por travesías y callejones en dirección al río. Cruzando una calle, llegó al muro del río; acodándo-se en él, lanzó un escupitajo a las oscuras aguas y, tras des-cansar la barbilla en los brazos, se quedó completamente inmóvil, pensando.

Reflexionó sobre el repentino hallazgo de su mente, que había hilado el hecho de no tener dónde dormir con el hecho de haber visto a Francis Joseph McPhillip, buscado por el asesinato cometido en la huelga de los granjeros, en M—, el pasado octubre. En su cabeza reinaba un silencio imponente.

De cuando en cuando, miraba a su alrededor y soltaba una especie de jadeo. Resoplando, olisqueaba el aire y entornaba los ojos. Después volvía a apoyarse en el muro y descansaba la barbilla sobre los brazos cruzados. Así pasó media hora. Finalmente, se apartó de la pared, enderezando la espalda y estirando los brazos por encima de la cabeza. Bostezó. Se metió las manos en los bolsillos. Miró al suelo, y sin levantar los ojos de él, se alejó con el mismo andar desgarrado de antes.

Cruzó el río, recorrió un laberinto de callejuelas, mirando fijamente al suelo, hasta llegar a la esquina de un oscuro callejón, donde destacaba un farol encendido sobre un portal, en el centro del lado derecho. Era una comisaría de policía. Gypo se quedó mirando el farol, con los ojos muy abiertos. Al cabo de casi un minuto, dijo: «Ah» en voz alta. Después miró recelosamente a su alrededor.

La calle estaba vacía y lloviznaba. Gypo observó la calle, los almacenes del flanco donde estaba él y el liso muro de enfrente. Al fin, sus ojos regresaron al farol encendido sobre la puerta de la comisaría. Con un profundo suspiro, echó a andar, lenta y ponderosamente, hacia él.

Subió los escalones con decisión, uno a uno, haciendo mucho ruido. Abrió la puerta batiente con el pie, sin sacarse las manos de los bolsillos. En el vestíbulo se topó con un agente de policía en uniforme de noche, con un afilado casco negro, que se estaba poniendo los guantes. Gypo se detuvo y le miró.

26 LIAM O'FLAHERTY

—Vengo a cobrar las veinte libras de recompensa que ofrece el Sindicato Agrario por dar alguna pista sobre el paradero de Francis Joseph McPhillip —dijo con su voz ronca.